

ten... En el romance de la guapeza de estos dos chulos taurómanos no caben los sesenta sin pico. Hagamos caso omiso de la mísera deuda.

\*\*\*

Más mísero aún el motivo por que en Granada un guarda de la estación y un colector de basuras esgrimieron las facas, con resultado tal vez de muerte. Por un montón de detritus que el uno quería llevarse y el otro no le permitía recoger... ¡Pobre humanidad! ¡Nacer rey de la creación, con el alcázar del pensamiento sobre los hombros, y todo para disputar á cuchilladas un hacinamiento de porquería! ¡Merece la vida ganarse á tanta costa y de tal modo? No lo sé. Ello es que abunda quien se la gana así y en peores faenas. ¿Cómo se concibe, dada la libertad absoluta que posee el hombre para escoger profesión, que haya quien escoja la de pocero, la de alcantarillero, la de lavandera, la de fregadora de pisos? Y sin embargo, nunca faltan los obreros de estos oficios, no sólo humildes, sino penosos y expuestos á asfixias, reumas y tullimientos. Acaso sea obra de la sabia Providencia el que exista gente para cualquier ocupación y trabajo.

\*\*\*

Paolo Lombroso formula por escrito una observación que yo había hecho para mí: nota que los niños son cada día más bonitos, con un progreso marcado respecto á las anteriores generaciones; pero que, al llegar á la edad del completo desarrollo, no se recoge lo que se había sembrado, y los niños encantadores, candidatos á premios de belleza, se convierten en señoritas y señoritos vulgares, más bien feos, ó por lo menos ni feos ni guapos. Hay poblaciones donde me he fijado en este detalle: la niñez es realmente deliciosa, y entre la juventud, sería difícil encontrar un verdadero tipo de hermosura femenil ó varonil. ¿Cuál es la causa de este extraño fenómeno? Paolo Lombroso lo explica con razones muy comprensibles. Los ojos de los chicos suelen ser grandes, y los ojos de los grandes—sobre todo si se trata de gente que engorda—suelen ser chicos. Los ojos paran de crecer á los siete años; en cambio, la nariz se desarrolla inesperadamente en la cara del adulto. Siempre crece demasiado la maldita nariz, y su desenvolvimiento caracteriza toda la fisonomía. Nada más raro y precioso que una nariz griega, que una boca que se conserva fresca, porque ello es que la boca se usa mucho, para hablar, para comer, para reír, para besar... Las bocas de los niños están nuevas, intactas, las de los adultos empiezan á gastarse y á adquirir una expresión no siempre atractiva.

Otra observación muy exacta es la de que las mujeres del pueblo son jóvenes menos tiempo que las señoras. En general (no hablemos de casos especiales, como maternidad y lactancia demasiado frecuente, enfermedades, penas), la mujer de las clases elevadas es hermosa todavía á los cuarenta, mientras que la obrera ó la laboradora se deforman rápidamente y pierden temprano la gracia y el hechizo de la juventud. Para ser hermosa hay que ser rica... «La mitad de la belleza está en la tienda», decía una ingeniosa condesa que conocía bien el mundo. Aspecto nuevo de la cuestión económica, que no agita á las turbas, porque las turbas no piden hermosura, sino pan..., pero que no deja de plantear un problema de justicia, el derecho á ser bonito...

\*\*\*

Estamos en época de reivindicación de derechos. Hay una gran corriente de filosofía sin sistema ni disciplina, que reclama el derecho á hacer cada cual lo que se le ponga en el moño. «Si me da la gana de encasquetarme el sombrero torcido, torcido me lo encasqueto», dice un poeta. Yo confieso que no había visto por ninguna parte la ley que prohíbe encasquetarse el sombrero más torcido que la intención de Judas. La mayor parte de esas libertades que se piden, están ahí para quien las quiera. Estas peticiones me recuerdan siempre un episodio de la Revolución de Septiembre de 1868, apellidada *la gloriosa*. Una señora, doña Guillermina Rojas, que según mis noticias es persona de buena conducta y formal, tenía el gusto de hablar en público abogando por el *amor libre*. Esta propaganda escandalizaba á mucha gente, que no encontraba palabras bastante severas para calificar á la oradora. El único que situó la cuestión en otro punto de vista fué un entonces joven calavera, el hombre más aficionado al bello sexo que existe, y amigo también de presentar las cuestiones de un modo original y propio. Dijo el joven, hiriéndose con primoroso latiguito la punta de la bota de

caña clara: «¡El amor libre, el amor libre! ¿Y por qué demonios predica esa señora que nos den el amor libre? ¡No parece sino que no nos lo habíamos tomado! Y no dijera mejor Zaratustra; y tal diría yo de las franquicias que solicitan algunos intelectuales europeos. Huir de las escuelas, librarse de los maestros, vivir libremente en el seno de la libre naturaleza... ¿Pero quién se lo impide? Acabo de encontrar-me, en la senda que conduce al molino, á un hombre desaliñado, sin cuello de camisa, sin afeitarse de tres semanas, que caminaba canturreando horrores y que no me dijo ni un mal «Dios vaya con usted.» Y qué, ¿le llevarán á la cárcel?»

Lo indudable es que, al lado del derecho de hacer cada uno lo que se le antoja, está el derecho sacratísimo de reirse de los estafalarios y maniáticos. La originalidad y la libertad yo las veo como algo interior, de cerebro adentro, pero no manifestado en exterioridades vistosas. El sentir, el pensar, pueden ser muy extraños, bajo la apariencia más burguesa y sencilla. Los románticos—que también alardeaban de insurrectos—pusieron algunas veces la insurrección en el sombrero y las melenas, como aquellos conjurados de ópera que sabemos que son conjurados porque llevan un lazo blanco ó negro encima del codo.

\*\*\*

¿No han leído ustedes que el marido de una diputada creo que finlandesa (no estoy segura) armó un escándalo porque su mujer le tenía muerto de hambre?

Si la noticia no es un *canard* festivo, declaro que no conozco ser más ridículo que ese esposo parlamentario.

Es, por lo pronto, un varón... que confiesa y reconoce públicamente que vive á expensas de la hembra de su especie. El caso es frecuente, frecuentísimo; la confesión, no tanto, y en forma de queja, menos. Hemos convenido, teóricamente, en que el hombre debe trabajar para comer, y no hacerlo es vergonzoso. ¿Qué diremos si el hombre, no sólo no trabaja, sino que está esperando á que su cónyuge le llene el plato y le eche cerveza en el vaso..., y elige para hacernos tan interesante revelación el momento en que su dicha señora desempeña un mandato electoral? A los del Norte no les caerán bien los adjetivos flamencos, mas yo declaro que el único adjetivo aplicable aquí es el de *panoli*.

Por supuesto, los adversarios de que la mujer ejerza ciertas funciones políticas se han bañado en agua de rosas. No les esperaba mal rato si las esposas de los diputados se confesaban en los periódicos, lamentando las múltiples consecuencias de que sus maridos tomen asiento en el Congreso. Buenas cosas dirían, no ya del orden económico, sino de todos los órdenes, sin exceptuar el corintio. Para indicio discreto de las contingencias que en la diputación ven algunas mujeres suspicaces, bastaría recordar cierta redondilla del *Gran Galeoto*, que acaba así:

Peró es ponerme en un brete  
hacer que diga... y concrete  
lo que al cabo no diré.

\*\*\*

Hay que reconocerle, sin embargo, al régimen parlamentario una ventaja: la de contener un poco la dispersión veraniega. Ignoro por qué razón, las Cortes se reúnen siempre en épocas que riñen con el método de vida de las clases acomodadas. Todavía me dura la impresión de asfixia de un año en que, por el mandato electoral de mi padre, tuvimos que pasar en Madrid casi todo el mes de julio. Los diputados debían de liquidarse, ó poco menos, en aquellas sesiones donde, para mayor sofoquina, se discutía recio. La frase usual, *discusión acalorada*, basta para dar á entender cuánto eleva la temperatura el disentiimiento de opiniones manifestado verbalmente. Los que no discutíamos, nos pasábamos el día de bata de organdí, con las ventanas cerradas, en un salón cuyos baldosines se regaban frecuentemente, absorbiendo horchata y dándonos aire con los grandes abanicos *pericones* entonces en boga. De noche salíamos á los Jardines, y al anochecer dábamos vueltas por la Castellana en landó. Tales eran nuestras fatigas, y con todo eso, sudábamos y nos debilitábamos. ¿Qué harían los discutidores, bregando allá en el antro asfixiante del Congreso?

El recuerdo de aquel calor africano, de aquella temporada de pereza y postración, es grato de evocar en este momento, en que la brisa mueve las copas de los árboles y el termómetro señala 27 grados Reaumur á la sombra—cosa muy tolerable.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La reprobación que yo he manifestado aquí repetidas veces á propósito de los asesinatos de mujeres, empieza á traducirse en la prensa y acaso en las conciencias, y un cronista escribe, humorísticamente, que aún quedan en Madrid, á estas fechas, unas diez y seis ó diez y siete mujeres sin degollar... La lenidad de los que tienen por misión juzgar estos crímenes trae su repetición, los pone de moda. No sé gran cosa de derecho penal, pero sé algo del corazón humano; la psicología me interesa, observo, escucho y anoto; y estoy convencida de que los criminales, como todo el mundo—y lo demás son paradojas huecas,—temen bastante á las consecuencias de sus actos, y se arrojan más fácilmente á cometerlos si creen que no les va en ello la vida, ni aun la reclusión perpetua. Si el sexo de la víctima se tomase en cuenta como agravante ó atenuante; si el *despachar* á una infeliz mujer no saliese tan barato..., menos veríamos de estas cobardes tragedias.

\*\*\*

Y aunque parezca contrastar con lo anteriormente dicho, la vida se estima en poco—á las horas de exaltación, naturalmente—en las clases populares. Estos días han reñido á navajazos dos guapos madrileños, por una deuda de sesenta céntimos, poco más del importe de una cajetilla. El uno—el *Pipi*—infió al otro—aprendiz de torero—una herida tal vez mortal en la región del corazón, pagándole así sus sesenta céntimos y cobrándole la ofensa de no llevarle como banderillero en su cuadrilla. No se dirá que no nos encontramos en plena España de pandereta y moña roja: rencores y agravios son estos que piden á gritos música de Bizet, acompañamiento de sonajas y fondo de plaza mudéjar allá en segundo término. ¿Por qué no suponer que el matador habiase comprometido ante una manola de negros ojos y quebrado talle á banderillar un berrendo, y á brindarle á ella la suerte, arriesgando gentilmente la cornada por demostrar el esfuerzo y la destreza de su brazo? ¿Por qué no mezclar en este lance de honra al amor, ese amor meridional bravío, coloreado abigarradamente con sangre? Así poetizaríamos el vulgar encuentro, prescindiendo siempre, claro es, de los sesenta céntimos, que dan al suceso una nota prosaica, de miseria y de tacañería. Porque sesenta céntimos, ó se cobran de momento, ó no se reclaman ya; y en esto, el pueblo no suele ser mezquino, en general, procediendo con desprendimiento cuando sus medios se lo permi-